

El rasguño en la pared

Como en un sueño, subo las escaleras de la Biblioteca Provincial de Camagüey. Al final del trayecto hay una sala, casi vacía, que los rayos del sol castigan desde los altos ventanales de vidrio. No sin dificultades, me entregan el libro. Lo abro y leo:

Yo creo que la maravilla del poema es que llega a crear un cuerpo, una sustancia resistente enclavada entre una metáfora, que avanza creando infinitas conexiones, y una imagen final que asegura la pervivencia de esa sustancia, de esa poiesis. (Alvarez, 1966, 31)

Algo ha cambiado en mí, lector de Rubén Darío, de Julián del Casal, de Federico García Lorca. Hay otro modo de poesía. Otra manera de encender la palabra. Leo y releo, cada mañana o cada tarde, en el horario contrario al de clases, esa Órbita de Lezama Lima que la bibliotecaria me presta de mala gana. Quizás estoy en el año 1973 o en alguno muy cercano y el poeta está sumergido en cenizas penitenciales.

Permanezco largas horas inclinado sobre el volumen, no importa que la silla sea incómoda, ni que se claven en mis antebrazos las astillas del tablero de bagazo de aquella mesa maltratada. Nada puede sacarme del pasmo, que sigue acompañándome cuando tengo que cerrar el texto y descender hacia las obligaciones cotidianas. Cada palabra me dice que ese mundo ha sido creado para mí —Aladino en el jardín subterráneo de las gemas o naufrago en Ofir, país donde las arenas son perlas—.

Un puente, un gran puente, no se le ve,
 sus aguas hirvientes, congeladas,
 rebotan contra la última pared defensiva
 y raptan la testa y la única voz
 vuelve a pasar el puente, como el rey ciego
 que ignora que ha sido destronado
 y muere cosido suavemente a la fidelidad nocturna.
 (Lezama, 1985, 96)

¿Entendía? ¿Descifraba? Lo ignoro, pero había una empatía, una comprensión cómplice, que me permitía paladear lo oscuro, transitar lo arduo, deslumbrarme con lo velado a medias. Entraba en la sala oscura de los misterios de Eleusis y presenciaba un ritual para el que me sabía destinado desde hacía mucho.

Dánae teje el tiempo dorado por el Nilo,
 envolviendo los labios que pasaban
 entre labios y vuelos desligados.
 La mano o el labio o el pájaro nevaban.
 Era el círculo en nieve que se abría.
 Mano era sin sangre la seda que borraba
 la perfección que muere de rodillas
 y en su celo se esconde y se divierte. (Lezama, 1985, 13)

Después de esto, casi todo lo publicado bajo el rubro de poesía me resultaba absolutamente insustancial. Durante años, buena parte de la literatura, no solo la insular sino la del resto del mundo, me resultó leche aguada, a cambio, desde esas páginas se me abrieron otras: Góngora, Mallarmé, Valéry, Claudel, Rilke y hasta las alucinadas prosas del *Gaspard de la Nuit* de Aloysius Bertrand. Había un orbe Lezama, un credo Lezama y, sobre todo, un modo de paladear Lezama, donde el

sentido descubriría las verdades por iluminación, sin estar indagando por las especias justas que habían entrado en la mixtura.

Con tal poeta descubrí la noción de resistencia —doble o múltiple—: el lenguaje que resiste, la imagen que se resiste, el texto que no es posible vencer sino a medias, como Jacob al ángel, en la lucha nocturna. Pero también la resistencia de lo cotidiano: resistir si no nos comprenden, resistir si no nos aceptan, resistir si hasta los discípulos de ayer nos niegan, hacen de la casa torre o baluarte y del sillón, la galera real que nos conduce a rumbos insospechados.

Seguro, fajado por Dios,
entra el poderoso mulo en el abismo.
Las sucesivas coronas del desfiladero
—van creciendo corona tras corona—
y allí en lo alto la carroña
de las ancianas aves que en el cuello
muestran corona tras corona. (Lezama, 1985, 163)

Todavía hoy, cuando vuelvo sobre esas páginas, se repite en mí esa sensación de asomarme a lo prohibido, de participar en una fiesta no recomendable. Profesores, aprendices de escritor, funcionarios de tercera, me miraban con reprobación: Lezama es oscuro, Lezama es un enemigo, Lezama está definitivamente tapiado y muerto. Me expulsaron de un “taller literario” por citar demasiadas veces a ese indeseable. Pero las astillas del bagazo seguían encajándose en mis antebrazos y yo no cejaba.

El doncel del mirador me muestra su estalactita,
me la muestra como a todo el que por allí transcurre,
/alaba.
Su nerviosa curiosidad se rompía cuando mostraba la
/estalactita,

como si la fuera a regalar. Cuando la acariciamos con redorada lentitud, rompe para engendrar, después de haber entregado y dejado acariciar la piedra, dice: la suya vale diez céntimos.

Ahora él es como nosotros, se acerca al mirador y se pierde después, después ya no está. (Lezama, 1985, 214)

¿Cuánto valía mi estalactita? ¿Cuánto la de los que conmi-
go porfiaban? Poco importaba después de leer “Sierpe de Don
Luis de Góngora” y “Las imágenes posibles”. Con tal poeta ha-
bía que aprender a vivir al borde del peligro y de él mismo
derivaba la voluptuosidad mayor.

A lo largo de varias décadas, Lezama me ha acompañado de maneras diversas. Unas veces ha sido para mí figura tutelar, otras, he combatido contra él sin saber que seguía ese oscuro movimiento pendular que él mismo llegó a definir en el escri-
tor: “Que se acerque a las cosas por apetito y que se aleje por repugnancia”. (Martínez, 1970, 33)

De tanto en tanto, releo sus páginas, pero mucho más fruc-
tífero que eso es el diálogo secreto que con él mantengo. Lo llevo por el mundo, un día está junto a mí en los palacios de Postdam, otro en el Museo del Prado, otro en el Foro romano. Esos sitios que él no pudo ver, sin embargo pudo adivinarlos y definirlos, hasta el punto de que a veces pretende condicionar mi propia mirada. El terco, el incorregible, a veces quiere azo-
tarme con una rama de tamarindo como aquel Dehuti-Necht que se inventó en “Las imágenes posibles”. Yo, que conozco sus mañas, lo dejo por un tiempo en un banco del Prado o en el puente levadizo del Castillo de la Real Fuerza, pero no dejo de buscarlo cuando oscurece.

Ese hombre caprichoso, dominante, pagó su cuota de sole-
dad con una fidelidad envidiable. Sacrificó todos los fastos a

las posibilidades visionarias del vacío, a la fe de que podría pasar a través de la pared, hacia otra parte, hacia la resurrección.

Araño en la pared con la uña,
la cal va cayendo
como si fuese un pedazo de concha
de la tortuga celeste.
¿La aridez en el vacío
es el primer y último camino?
Me duermo, en el *tokonoma*
evaporo el otro que sigue caminando. (Lezama, 1985, 549)